

**TONGO LE DIO A BORONDONGO
AXIOLOGÍA DE UNA PREGUNTA PERTURBADORA**

Jorge Eliécer Ordóñez

Detrás de las coplas, los refranes, los estribillos populares, se esconden, a manera de fósiles inéditos, grandes verdades sobre la condición humana. En esta tonada que conocimos en Colombia, vía Celia Cruz, se trata de buscar, en última instancia, al instigador de un problema. Una forma sencilla de ocultar la verdad es chutar la pelota a un segundo, a un tercero, a un enésimo, lo cual crea, paulatinamente, un olvido recurrente. Lavándose las manos con jabón Pilatos, la responsabilidad se va transfiriendo de generación en generación hasta diluirla en una costra de sin memoria y resignación. El último eslabón de esa cadena termina siendo Dios:

*Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé.
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé.*

*Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán talvez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.*
(César Vallejo: Los Heraldos Negros)

Y si Dios, finalmente, es el culpable, eximimos al hombre, constructor de la historia, de toda responsabilidad ética, social y política. Dios se convierte en comodín para desembarazarnos del problema.

La historia de Colombia, al igual que 'La Pregunta', el cuento que nos enlaza, tienen en común esta especie de lúdico silogismo. Hay un muerto, muchos muertos debajo del tapete. ¿Quién, por qué y cómo lo mataron? ¿Cuál fue el primer Caín que a pulso de burro mató a su hermano y empezó su diáspora por el mundo? Dice Octavio Paz que el problema empezó

cuando un avivato cercó, a su libre parecer, un buen pedazo de tierra, dijo, “esto es mío” y los demás incautos se lo creyeron.

La exclusión crea mi mundo y el de los otros; y mi mundo impone sus propias leyes, sus límites, sus dioses con sacerdotes graves y protectores, sus aparatos de coacción y represión. Lo que no pertenece a mi mundo hay que prohibirlo, sojuzgarlo, arrinconarlo, silenciarlo; si así no funciona toca ir más lejos: exiliarlo, y en última instancia aniquilarlo. Y como Tongo, Borondogo, Bernabé, Muchilanga, hacen parte de la tradición que legitima esa inicial estructura, todo suena normal, legítimo: “Mi padre y yo fundamos una tradición. Yo seguí sus pasos que es como se funda una tradición”. (‘La Pregunta’).

La tradición –base noética, saber espontáneo, en términos del semiólogo Jan Mukarowski– es una abstracción, un constructo mental tan fuerte y arraigado, que en su nombre se han cometido toda suerte de ignominias que al final pasan de agache. Cuando yo apenas iniciaba mi universidad recuerdo que en los Llanos Orientales unos hacendados mataron a varios indígenas; cuando los llamaron a juicio dijeron olímpicamente que ellos no sabían que eso era delito porque en su tradición matar indios no era ilícito, ya que ellos no tenían alma, igual que los chigüiros y venados que cazaban en la sabana.

En los inicios del conflicto nacional, cuyo término está por dirimirse en decisión plebiscitaria, ciertos sectores del catolicismo y la burguesía medieval, incitaban a perseguir a sus contrarios en nombre de Dios, con el falaz argumento de que eran ateos, masones y forajidos; por allí se entró en la macabra violencia pseudopartidista entre campesinos liberales y conservadores, con más de trescientos mil muertos, gran número de desplazados a los centros urbanos, tierras fértiles y productivas que cambiaron de dueños y proliferación de cinturones de miseria en las ciudades, que no estaban preparadas para recibir toda la hojarasca que produjo semejante conmoción social. El mismo estado generó y parió un monstruo, que cuando empezó a rozar sus dominios, tuvo que inventarse un paliativo llamado Frente Nacional. El remedio fue peor que la enfermedad porque ese parapeto, esa aberración histórica –en términos de Rafael Gutiérrez Girardot– no hizo más que prolongar las exclusiones, repartirse el botín burocrático político y económico y dejar por fuera a las grandes masas populares en campos y ciudades. Aparentemente se amainó el coco, el monstruo, engendrado por el propio sistema, pero se dejaron a la intemperie muchas heridas sin sanar, muchos intersticios, muchos gérmenes latentes, que propiciaron el nacimiento

y consolidación de un nuevo coco, hijo directo del anterior: los movimientos insurgentes. “Tongo le dio a Borondongo, Borondongo le dio a Bernabé, Bernabé le pegó a Muchilanga... ¡Ay, qué lío!”

La arrogancia, el sálvese quien pueda, el egoísmo, la codicia, el fraude a la Nación, disfrazado de un estrambótico sentimiento de patriotismo, la exclusión y el desprecio por el otro han sacrificado varias generaciones de colombianos, que hoy podríamos repetir la canción de José A. Morales: “Me volví viejo de tanto esperarte, me volví viejo de pensar en ti”. Sí, hemos envejecido, esperando como los Buendía y los parroquianos de Macondo una segunda oportunidad sobre la tierra.

Tenemos de fondo un problema semántico, hábilmente planteado en el cuento ‘La Pregunta’. ¿Qué diferencia hay entre electrocutador, verdugo, o simplemente, operador eléctrico, en la cadena de la muerte? El protagonista ha recibido su oficio clandestino por la vía del Padre, punto de partida de la tradición. Él a su vez debe heredarlo a su hijo, como si se tratara de una posta. Alguien tiene que hundir el botón, hacer el trabajo sucio. Ese alguien, a la manera de *El Extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, tiene doble vida. Es un vecino normal, propietario de una tienda de objetos eléctricos, buen esposo, buen padre, buen amigo, paga los impuestos, vota en las elecciones por la derecha, asiste a los oficios religiosos, es decir, un sujeto que se amolda a la tradición. No obstante, a intervalos desaparece de su casa para cumplir con su oficio clandestino, llámese electrocutador, verdugo, o simplemente obturador del botón de la silla eléctrica.

En *Cóndores no entierran todos los días*, Gustavo Álvarez Gardeazábal recrea la historia real de un pájaro de Tuluá, apodado El Cóndor; en el día vendía quesos en la galería de la ciudad, iba a misa y comulgaba con vehemencia, pero en ciertas fugas nocturnas, salía con sus cómplices a matar liberales. En las mañanas, mientras se acucillaba en el excusado a cumplir con sus necesidades fisiológicas decía a voz en cuello para que lo escuchara su mujer o tal vez su conciencia: “Es cuestión de principios”.

Lo escatológico y lo tanático en un diálogo de sordos. Dicho entre líneas, matar es una mierda. Desaparecer al contrincante político, evacuarlo, vaciarlo en un retrete es la prueba máxima de degradación humana; pero a su vez, un ajuste de cuentas con su ideología, un sentirse a paz y salvo con su logia.

La ambigüedad terminológica, el eufemismo, han querido dorarle la píldora a la historia nacional. Aquí han convivido, con la anuencia del estado y una

justicia enclenque y paquidérmica, ladrones de cuello blanco, verdugos, empleados de pompas fúnebres, cada vez más ocupados, honorables prohombres con rabo de paja, caudillos a mansalva, guardianes sospechosos de la tradición, candidas Eréndiras y abuelas desalmadas, vendedores de milagros e ilusiones, culebreros, inquisidores que, como en el cuento ‘La Pregunta’, tienen una vida pública y otra secreta, un sustantivo común y otro eufemístico: el cura, santo en la misa y pederasta en sus ratos de ocio, el pastor que embriaga a su feligresía con prédicas y salmos, mientras organiza orgías con sus núbiles profetas, el político que embauca con soberbia elocuencia y cambia votos por un tamal o una botella de ron: ¿honorable senador o cínico corrupto? Vidas dobles amparadas por el eufemismo y la tradición: “¿Las palabras hacen diferencia? La gente se rige por las palabras más bien que por el significado” (‘La Pregunta’).

Ciertas tradiciones fuertes, ciertos eufemismos hacen daño porque distorsionan la realidad, creando espejismos en el grupo social. ¿Habrán un lenguaje más gastado que el de la violencia? ¿Una tradición más acendrada que la de ignorar, borrar o aniquilar al contrario? No es muy original incensar a la muerte, integrar el coro de los que siempre han gritado: *¡que muera la inteligencia!* Porque la inteligencia que etimológicamente significa lectura interior, consiste en no quedarse en las apariencias, en sospechar como don Quijote que las aspas del molino son brazos de gigantes en pie de ataque, tan solo que la mayoría no lo ve así porque sufre de encantamiento. Magnífica metáfora de Cervantes para mostrarnos como en ciertos momentos históricos las sociedades son engañadas, manipuladas o encantadas para seguir un derrotero. Hay que disentir, ir al fondo, buscar causalidades, esto es más civilizado que saltarse la barda de la razón y los argumentos para agredir al contradictor, ignorar la voz otra, la perspectiva otra, que nos aclara mejor el horizonte.

¿Por qué vas a matar a Rex?, pregunta el hijo del primer electrocutador. *Lo voy a matar por lo que hizo.* Aquí el personaje legitima el síndrome de Terminator sacrificando al perro doméstico. De igual forma pudieron responder Hitler, Mussolini, Franco, Pinochet, Stalin, Gadafi... ausentar al otro por lo que hizo, o lo que es peor, por lo que dejó de hacer, esto es, por no cumplir con su deber hacia la causa, llámese esta, partido, logia, ghetto, facción, secta, horda... sustentadas todas ellas en una ficción; porque al fin y al cabo es un texto, relato o narrativa, la que imprime dinamismo a los grupos, cataliza sus creencias, emociones y obligaciones. Gentes de diversas tendencias que siguen a ciegas las consignas de un libro,

considerado sagrado o infalible suelen caer en lo que Estanislao Zuleta llama exaltación paranoide de la lucha.

No cumplirle a la ficción, que justifica su paso por la historia, es autocondenarse a la silla eléctrica, y siempre habrá un anónimo electrocutador que ejerza su oficio; para él es un deber histórico, mesiánico: “Él ha concluido el trabajo que ustedes querían que se llevara a cabo y ha hecho del mundo un lugar más vivible” (‘La Pregunta’)

Alguien tiene que ponerle el cascabel al gato, abrirle los cerrojos a los cuervos. Y viene, a manera de epílogo, la pregunta perturbadora, aquella que destroza todas las justificaciones previas del electrocutador No. 2:

¿Sólo un deber, pero lo gozas, no es verdad?

Entonces a manera de flash, aparecen, la mirilla, la capucha negra en la cabeza –difícil concebir un verdugo sin máscara– y el acto sencillito, pero letal, de oprimir el interruptor. Y en la ficción, tan parecida a nuestra realidad, cae esa respuesta contundente, como un rayo:

Pero Dios mío, ¿cómo es posible no gozarlo?

En síntesis apretada: toda la discursividad sobre el oficio de electrocutador, a saber: el eufemismo, la tradición, Dios, el cumplimiento del deber, la ley de la relatividad ética, el síndrome de Terminator, para justificar los asesinatos, los argumentos y contraargumentos, el derecho a soñar (reivindicado por el hijo), la justificación del mal, no son más que un cúmulo de trampas para llegar al centro del asunto: al verdugo le gusta matar; más que disfrutarlo, lo goza. Sí, lo goza, todo lo que resta no es más que un circunloquio para mostrarnos su verdadero perfil: este verdugo de ‘La Pregunta’ es un voyerista excitado en la mirilla, un sadomasoquista que convierte en espectáculo gozoso dar y recibir dolor.

¿Será que la tradición y el insuflado lenguaje del eufemismo nos han ido convirtiendo poco a poco en una sociedad voyerista y sadomasoquista? Por Dios, ¿y hasta cuándo?